

● Blanca Aurora Mondragón

MUNDO QUEBRADO: DOLOROSA ESPIRAL SIN FIN

*V*ínculos, novela de amor y dependencia, novela de tan dramático realismo, cuyos personajes centrales son homosexuales. Aquí, desde las primeras líneas, nos sumergimos en un mundo de vicios incontrolables que tejen una resistente telaraña en torno a las difíciles relaciones humanas de un núcleo de travestis y padrotes. Es el mundo subterráneo de las ciudades. Son una sociedad dentro de la sociedad que, sin embargo, la mayoría desestima más que por ignorancia y asco, por temor a reflejarse en el espejo de sus propios pecados. (p.5)

dice Héctor Sommaruga en el "Adagio" que prologa este libro.

Vínculos es una dolorosa novela que consta de siete partes y un preludio: "Esas interminables calles zurcidas de árboles", "Encuentro de luto y máscaras", "Identidades sedientas", "Boca suelta", "El mundo quebrado", "Nudos" y "Vínculo"; son títulos que ya presagian la soledad, el desencuentro, la dependencia de un ser que nunca podrá escapar a sus pasiones y a los nudos de las relaciones humanas enfermizas.

Mauricio, hombre-mujer: güera, delgado, de 26 años. Mauricio, mundo quebrado-violado desde niño sin saber si le gustaba, adolorido. Mauri, el femenina, pasivo, la güera pendejo y vacía, el loca dolorido. Mauricio siempre lastimosa, siempre deplorable, sufriente, hundida entre sus amarras, entre sus cuatro nudos, vínculos indestructibles de destrucción.

En medio de un discurso que oscila entre la primera, segunda y tercera personas gramaticales, entre pasado y presente, con personajes que se expresan en femenino o masculino indistintamente, entre discursos interiores y diálogos, transcurre el drama humano de *Vínculos*, la naturaleza humana descarnada-encarnada en Mauricio, vulnerable ante sí misma, encerrada en

un cuadrito del que no puede, no quiere, salir:

[...] haz de cuenta que el mundo es una bola llena de cuadritos. Cada uno de nosotros, los seres humanos, nacemos en un cuadrito sin haberlo escogido. Pero pasan los años y tenemos cabeza y capacidades para cambiar de cuadrito. Tú naciste en el cuadrito de la putería y ahí te quedaste. Yo nací en un pinche cuadrito burgués y no me gustó; y con todo el escándalo de mi madre y de Elena, la que dice ser mi esposa, me cambié de cuadrito porque se me dio la gana. (p. 79)

—¿Te quieres quedar en el cuadrito donde estamos?

Preguntó Carlos con aire definitivo.

—¡Yo no sé nada de cuadritos! Pero me quejeo de este pinche mundo que nos tocó vivir y... Me quiero quedar contigo, en lo que soy y como soy.

La mesera se acercaba con los platos de comida y los vasos de jugo.

—Pues, no se hable más del asunto y... ¡ya no chilles que eres mía! (p. 83)

...Y se quedó en el cuadrito, impotente, como un perro que soporta las palizas de su dueño y le lame la mano; se quedó con Carlos, el amante que lo vendía a otros hombres, lo maltrataba física y emocionalmente y le suministraba droga de todo tipo; se quedó amarrado a su madre, al persistente recuerdo de su madre que “se apareció de visita un día furtivo, como un furtivo fantasma que todo el tiempo te espía” (p. 13); se ató irremediabilmente al mundo oscuro de las drogas que lo estaban matando ya no de a poco y se hundió para siempre en la ciudad, engullido “sin piedad por la metrópoli, marginado(s) hasta el

último extremo del intestino ciudadano, esa víscera que permanentemente amenaza con expulsarnos hacia la última cloaca de la vergüenza” (p. 5).

Con una prosa muy intensa, entre vaivenes emocionales que, de pronto, parecen ir en cámara lenta, María Eugenia Olguín sumerge al lector en un universo que pareciera ir en una espiral descendente que repentinamente se torna vertiginosa caída; lo envuelve en el *cuadro psicótico agudo limítrofe* de Mauricio quien, desde la infancia y atado a un ombligo invisible, se arrastró en el mundo subterráneo del gay drogadicto, Carlosadicto, madreadicto y ciudad de México adicto.

Decíamos antes que el mundo “normal”, la sociedad, rechaza esos mundos más que por ignorancia o asco, por “temor a

reflejarse en el espejo de sus propios pecados”, y es así, porque ¿de cuántas maneras somos dependientes de tantas otras cosas?, ¿cuántos vínculos enfermos que no somos capaces de romper vamos arrastrando por la vida? Mauricio, la güera, arrastró, sin remedio cuatro vínculos, cuatro cadenas, y en ello encontró su forma de vivir, degradado, humillado, devaluado, sobre todo, por él mismo.

El ombligo nunca cortado. Mauricio, hermano de prostituta, hijo de prostituta y padre desconocido, solo en una casa desordenada y llena de ropa interior y maquillaje, y llena también de la violencia de un hombre con apariencia de macho y antojo de niño, que “se te clavó en el cuerpo hasta que se transformó en astillas sobre tu persona cariño-



CITALLI ORIHUEL

sa, siempre tan buscadora de caricias" (p. 15). Y de ahí el silencio: "y te mordiste los labios cuando llegó mamá y le dijiste, sentado como un maniquí dolorido, que vino un señor a buscarla, amá, pero se jué. Después enmudeciste en tu cama maternal y dormiste con el llanto en el pecho, el pánico del abandono" (p. 15).

Vínculos no es una novela de denuncia social, es sólo el recuento de una vida marcada por la eventualidad, la existencia casi al azar de un ser sin control a quien involuntariamente llegaron abruptamente las pasiones. De ahí el primer vínculo indisoluble: con la madre. En el transcurso del texto aparece la madre que se quedó en Nogales como prostituta, el recuerdo de una mujer que podía comerciar con su cuerpo y ser, hasta cierto punto, aceptada socialmente, privilegio que a él le estaba vedado.

Aparece de pronto el tabú en el texto literario: la prostitución masculina. Mauricio y la Rula (Raúl), Pablo, Carlos, Roberto estaban en el submundo de la noche, junto a otros "hombres probos y respetables", con profesión, esposa e hijos, pero putos hasta el fondo de sus entrañas, que buscaban travestis jóvenes y con buena nalga: el mundo de las máscaras.

Mauricio nunca se liberó, tuvo el ombligo siempre atado a una madre lejana que lo parió por azar. Nunca regresaría a Nogales, lugar donde su vida sería



CITLALLI ORIHUEL, 2000.

aún más miserable. La güera se quedó anclada a la imagen de la mujer, inalcanzable, de la que él sería sólo un patético simulacro.

El amante perfecto. Carlos, hombre casado con Elena, con un hijo que trabajosamente le podía llamar padre y una madre maldita como bruja, quien despreciaba a Mauricio pero tenía mucho dinero. Homosexual por convicción, por la decisión de "cambiar de cuadrito", el amante perfecto, el macho golpeador que la humillaba todo el tiempo, caprichoso en la cama, representaba para la güera el mundo entero: los enervantes, el sexo, una supuesta seguridad que realmente nunca tuvo.

Carlos lo alquilaba al mejor postor sin ningún remordimiento, al contrario, mientras fuera joven, con buena nalga y pendeja, Mauricio le representaba una

buen mercancía; sin embargo, la güera le sabía ser fiel, al modo de los travestis, aunque estuviera con otros; realmente ella es el estereotipo de la mujer mexicana: sumisa, dependiente hasta la náusea, llorona y suplicante, en espera siempre de las migajas de amor que Carlos se dignara a darle algunas veces.

Personaje en decadencia desde la primera violación, Mauricio no tiene redención, queda atrapado en el cuadrito que ni siquiera eligió, al lado de Carlos en una relación sado-masoquista hasta extremos imaginados, sí, pero por conocidos inaceptables. Lo más doloroso es la falta de voluntad para romper, para dejar atrás a un "compañero", no importa si es homo o heterosexual, que lo está —literalmente— matando. Es su segundo nudo, su segunda cadena.

Cloaca de pasiones. La gran ciudad, el sueño dorado de un provinciano de Nogales que vio en ella el escape del dedo acusador; pero no se escapó, la metrópoli lo engulló, lo sumergió en uno de los submundos en el que Mauricio desbordó las pasiones acumuladas desde niño. Todo en su vida fue debilidad, azar: él no escogió vivir en su cuadrito, llegó ahí y el mundo se le fue quebrando.

La ciudad del manicomio, de las drogas y los travestis, del dolor, donde todo es permitido pero también señalado y censurado. Mauricio nunca se adaptó al ritmo vertiginoso de la ciudad: siempre aislado entre las pare-

des de un departamento, provinciano atrapado en sus nudos y su soledad; sin embargo, no podía regresar a Nogales, ¿a qué? No sabía más que ser loca.

Las luces, "esas interminables calles zurcidas de árboles", los *Vip* 's en los que la indiferencia lo acompaña, los taxis, los antros: la hipócrita ciudad envuelta en sus nubes de humo, la cloaca que niega las pasiones pero las desborda por las noches en las esquinas o en los moteles; la ciudad, la odiada pero también adorada ciudad lanzó sus cuerdas sobre el cuerpo y el alma doloridos y maltrechos de un Mauricio que a los 26 años era decadente.

Echó raíces, se envolvió en sus propias redes, la ciudad le sirvió de marco, pero la cloaca la llevaba dentro y la arrastró, desbordante, hasta el fondo de su espiral asfixiante.

Mundo maravilloso y efímero. "La oscuridad de telas opacas te hace girar los sueños. Quisieras una noche de sexo y adormilarte luego en la profundidad de tu jeringa olvidada" (p.12). Entre dolorosas desintoxicaciones y vuelta a las drogas transcurre la miserable vida de Mauricio; entre jeringas, polvillos, "hierba-buena-hierbamala", alcohol en grandes cantidades, fruta con yogur y café, por su lastimado intestino, pasan los días; en los antros y acostándose con putos y señores respetables, pasan las noches. Medio levantándose, cayendo siempre, el mundo quebra-

do de la güera parece ir en cámara lenta: pasan letras, frases, párrafos, páginas y él se sigue drogando, penetrando en un cosmos ficticio del que, sabe, no saldrá.

La letra de María Eugenia Olguín transporta al lector hacia un ambiente de humo, con personajes que se mueven en toda dirección con sus jeringas y carrujos, con sus voces estrepitosas que hunden cada instante más a un Mauricio desprotegido, a veces en soledad, muchas otras con sus fantasmas, otras con sus amigas. Olguín pinta con un descarnado realismo al guiñapo humano, al ser sin voluntad que se deja manejar los delgados hilos de la existencia.

No hay posibilidad de no sentir la desesperación y el dolor en los intentos de desintoxicación de la güera entre pastas y mariguana, ya no polvo que es tan malo, sólo eso, más vino y cigarros *Salem*; los calambres y dolores, las náuseas, los vómitos: un mundo quebrado y doliente, el vínculo, la dependencia que no lo mata todavía.

No termina muerto; de todos modos está muerto, al lado de Carlos, su madre, las drogas y la ciudad. La loca muerta, la Mauri como cadáver que deambula sin voluntad, la güera como títere con los hilos manejados por un destino inexplicable. Mauricio en un eterno "pacto de cadenas".

Mauricio, hombre-mujer: güera, delgado, de 26 años.

Mauricio, mundo quebrado-violado desde niño sin saber si le gustaba, adolorido. Mauri, el femenina, pasivo, la güera pendejo y vacía, el loca dolorido. Mauricio siempre lastimosa, siempre deplorable, sufriente, hundida entre sus amarras, entre sus cuatro nudos, vínculos indestructibles de destrucción.

Al terminar la novela de María Eugenia Olguín sólo queda la desesperanza por un mundo que empezó a romperse desde temprano; sólo se escucha un grito silencioso a lo lejos, voz de muchas voces:

¡Ah, soy hijo de puta y de un maldito extranjero que me dejó los ojos de idiota y rubio como si fuera a morir nomás con que el sol me toque! Me quedó hasta el sexo rubio y no se me olvida mi pinche madre que se fue de puta y mi hermana, la otra puta. ¡Ay, cómo me duele el cuerpo! No se me olvida que por ellas me hice puto y... ¡Qué bueno! ¡Estoy muy feliz de ser puta y loca! ¡Lo quiero gritar a este pinche mundo, porque no sé ni pa' qué nací! ¡Carajo! Pero no importa. Ora todo el mundo se jode y me aguanta, porque dicen que hierba mala nunca muere. (p. 61) LC



María Eugenia Olguín Mejía, *Vínculos*, Ediciones ZonAlta, Toluca, 1999, 85 pp.